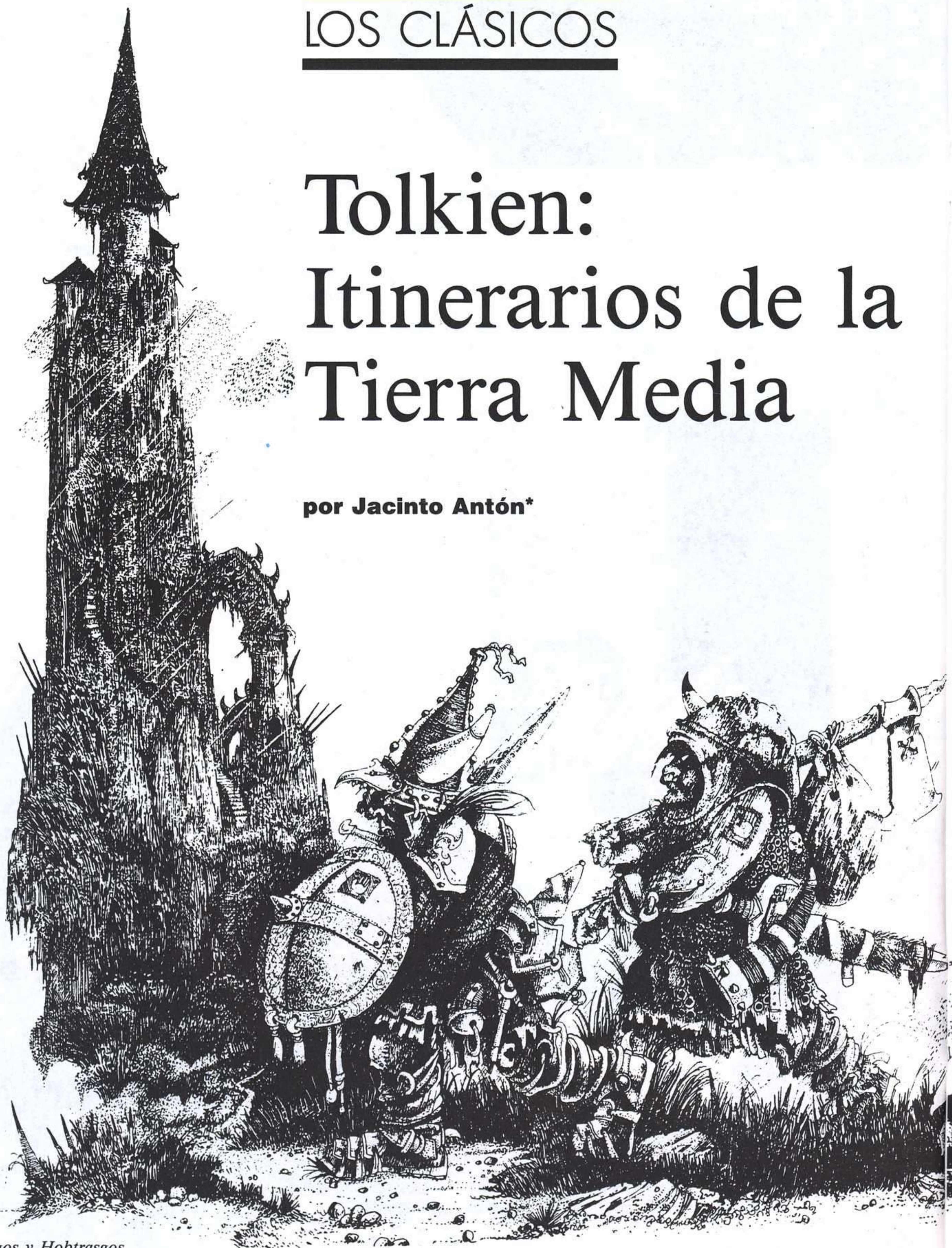


LOS CLÁSICOS

Tolkien: Itinerarios de la Tierra Media

por Jacinto Antón*



Trasgos y Hobtragos.

44

CLIJ45



Qué sentido tiene leer a J.R.R. Tolkien? ¿Qué justifica sumergirse en ese océano feérico de millares de páginas y, literalmente, millones de nombres exóticos? ¿Es realmente necesario leer a Tolkien? Y si lo es, ¿cómo orientarse?, ¿qué perspectiva adoptar frente a esa ingente, magmática creación? A un nivel más pragmático: ¿por dónde empezar?

Responder a estas preguntas requiere entender, de entrada, que la Tierra Media, el mundo imaginario inventado por Tolkien y marco de sus más importantes obras fantásticas, el mundo de los elfos, de los enanos, de los orcos y los hobbits, tiene muchos caminos de acceso. El principal es, desde luego, el del consumo directo, el del disfrute de la narración, de la peripetia, de la aventura; un camino que se

extiende después, de manera natural, en un interés por el autor.

Pocas claves pueden facilitarse para este itinerario; basta con abrir *El Señor de los Anillos* (ya está disponible en castellano una edición de bolsillo —Minotauro— que reúne los tres tomos originales) por la primera página y ponerse a leer.

Puede parecer que este trayecto está vedado a partir de una cierta edad: no sólo el lector adulto convencional siente un horror supremo a adentrarse en tierras de gnomos, espadas y dragones; también algunos maduros amantes del género fantástico ponen reparos a cruzar las fronteras de la Tierra Media. Resulta emblemática en este sentido la opinión de un soñador tan grande como Ray Bradbury; al pedirle recientemente una opinión sobre *El Señor de los Anillos* me respondió:

«No lo he leído; su publicación (1954) me pilló ya muy mayor».

La obra magna de Tolkien

Pues bien, los prejuicios ante la obra magna y clave de Tolkien, *El Señor de los Anillos* —el resto puede considerarse, con más o menos justi-

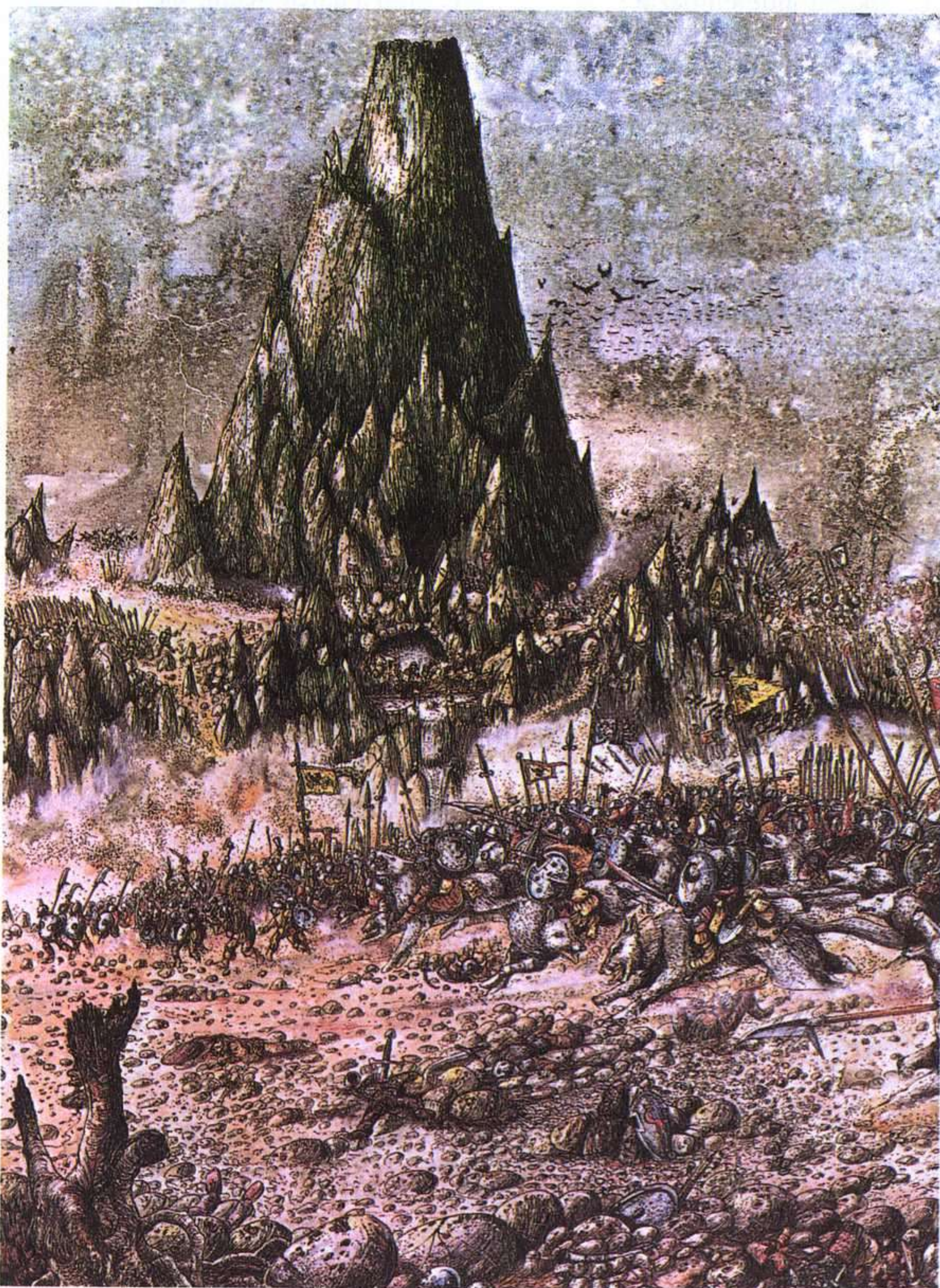
cia, menor desde un punto de vista literario—, no tienen sentido. *El Señor de los Anillos* es una gran novela de aventuras, una novela que se disfruta y que en no pocos episodios resulta realmente apasionante y hasta hondamente conmovedora —cada lector tiene sus pasajes esenciales: yo, con la primera lectura del libro ya a

veinte años de distancia, no dejo de emocionarme al recordar la ominosa y a la vez extrañamente melancólica descripción de Minas Moria, el periclitado y maldito reino de los enanos de Khazad-dûm; una descripción que siempre asocio a la música de Mahler—.

El problema es que, vista su eficacia narrativa, *El Señor de los Anillos* ha dado origen a una larga serie de imitaciones, de subproductos clónicos —también, es de justicia señalarlo, un puñado de obras excelentes—. A menudo los sesudos juicios imaginativos sobre Tolkien se dirigen más bien hacia ese nebuloso conjunto de materiales periféricos, que hacia la auténtica producción del autor, oscurecida por las copias.

Hablábamos de otros accesos a la Tierra Media (bien entendido que todos ellos pueden superponerse). Existe una posible lectura no inocente, o mejor dicho, no prístina del cosmos tolkiniano. Se trata de introducirse en la obra de Tolkien con un conocimiento exacto de la personalidad e inquietudes del autor; no es lo mismo, desde luego, enfrentarse a los numerosos textos y nombres en lenguas inventadas que figuran en *El Señor de los Anillos* (por no hablar de *El Silmarillion*), pensando que son resultado de una búsqueda gratuita de exotismo más o menos eufónico, como pasa en las imitaciones, en los clones, o sabiendo que son fruto del trabajo minucioso de un gran, genial filólogo. Ése es el caso de Tolkien.

Para el que quiera saber quién era Tolkien existen en el mercado varias biografías. La más completa —hasta la exhaustividad— es sin duda la oficial, la de Humphrey Carpenter, titulada precisamente *J.R.R. Tolkien. Una biografía* (Minotauro). Carpenter contó con el impagable apoyo de los herederos del escritor, especialmente su hijo Christopher, que es quien ha reunido, ordenado —en algunos casos, incluso completado: véase los paradójicamente denominados *Cuentos*



JOHN BLANCHE, TOLKIEN. ENCICLOPEDIA ILUSTRADA, BARCELONA: TIMUN MAS, 1992.

Erebor, *La Montaña Solitaria*.



Beleriand.

SALLY DAVIES, TOLKIEN. ENCICLOPEDIA ILUSTRADA, BARCELONA: TIMUN MAS, 1992.

inconclusos (Minotauro)— y publicado el material póstumo de Tolkien.

La biografía de Carpenter describe a un hombre que —como Borges—, desde niño, deseaba a los dragones con profundo deseo, pero que al mismo tiempo tenía en los lenguajes su más grande pasión: aprendió el anglosajón, el nórdico antiguo, el galés medieval, el finés —a partir del cual in-

ventó el Alto Elfo, el *quenya*—. Con sus camaradas profesores de Oxford, Tolkien pasaba veladas enteras recitando el *Beowulf* y las sagas escandinavas en su idioma original.

Científico riguroso

La Tierra Media no es, como la mayoría de los otros mundos fantásticos,

una creación aleatoria, un mero ejercicio imaginativo. Es la obra de un científico riguroso, de un hombre que amaba los idiomas antiguos y que accedió a través de ellos a las leyendas que narraban, como muy pocos otros lo han hecho. Si la alquimia de los nombres estriba en que contengan en sí la cosa denotada, Tolkien ha llamado a sus criaturas míticas, sus enanos,



Atalaya de Tirión.



J.R.R. Tolkien (1892-1973).

sus dragones, sus monstruos, pero también sus montañas y sus ríos, con más pertinencia que nadie. En sus nombres resuena el eco de los siglos, el sonido arquetípico de las palabras perdidas, y por eso producen esa extraña sensación numinosa («Los nombres generan relatos», decía Tolkien).

Fernando Savater —gran admirador de *El Señor de los Anillos*— ha

sabido captar esa férrea trabazón entre los nombres y las personas, objetos y lugares denotados, y ha llamado la atención (*La infancia recuperada*, Alianza Editorial) sobre cómo Tolkien configuró así un universo moral estrictamente dualista. Un ejemplo, el reino del maligno protagonista de la novela se denomina Mordor, y en su geografía encontramos los siguientes topónimos: Cirith Ungol, Udûn, Gorgoroth, Barad-dûr. Cuando la ciudad fortaleza de Minas Ithil cae en manos de las fuerzas del mal pasa a denominarse Minas Morgul.

La pasión por el lenguaje y la pasión por los mitos. En gran medida, la Tierra Media nació como producto natural de los lenguajes que inventó Tolkien: unas gentes que hablaran esos idiomas y unas leyendas en las que hallaran, los idiomas, su más bella razón de ser. Un sueño teñido acaso de una cierta megalomanía; un jugar a ser dios, con la palabra como primer poder germinador.

Gramática de mitemas

La empresa de mitopoyesis de Tolkien señala otro posible itinerario en su obra. Sus libros son verdaderos compendios de elementos de los grandes relatos épicos y del folclore europeos, una verdadera gramática de mitemas (héroes con espadas mágicas, magos merlinianos, hadas, goblins, trasgos, anillos...) que se engarzan de manera genial para dar lugar a una estructura asombrosamente coherente. Asomarse a *El Señor de los Anillos* desde este ángulo ofrece perspectivas sumamente interesantes (¿por qué no un análisis deconstructivo de Tolkien? —no es broma, se ha hecho ya con los relatos de Lovecraft—).

Un libro absolutamente de moda, *Iron John*, de Robert Bly (Plaza & Janés), acaba de poner sobre el tapete la crisis del modelo masculino y los problemas de personalidad del hombre occidental moderno. El autor señala la desconexión con el material



Gríma Lengua de Serpiente.

mítico como una de las causas de esas dificultades. El enorme éxito de *El Señor de los Anillos* —y aquí hay otro trayecto tolkiniano, otra razón para leer al autor— puede entenderse en parte a la luz de esa sed, esa necesidad profunda de explicaciones y pautas de comportamiento. Todo *El Señor de los Anillos* puede verse como un enorme relato de iniciación con in-

dicaciones —en clave simbólica— sobre cómo afrontar las distintas situaciones de la existencia (recordemos el papel del mago Gandalf, un iniciador arquetípico; el aprendizaje de Frodo, que finaliza con su preparación para la muerte —la partida desde los Puertos Grises—, etc.). ■

* Jacinto Antón es periodista.